

Fernando Broncano

La melancolía del ciborg

Herder

Diseño de la cubierta: Claudio Bado

© 2009, *Fernando Broncano*

© 2009, *Herder Editorial, S. L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-2612-4

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Reinbook

Depósito legal: B-9.377-2009

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

<i>Agradecimientos</i>	13
CAPÍTULO 1: CIBORGS ENTRE OTROS SERES	
DE LA FRONTERA	15
1. Todos somos Galatea	16
2. La molestia de las prótesis	20
3. La melancolía de los ciborgs	24
4. Las categorías de lo natural y lo artificial	27
5. La sospecha contra los ciborgs	29
6. Identidad y espacio	38
7. Los ciborgs como resistencia	42
CAPÍTULO 2: CULTURAS MATERIALES	
Y ARTEFACTOS	49
1. <i>In media res</i>	49
2. Pensar los artefactos como entidades históricas y relacionales	56
3. La identidad narrativa de los artefactos y la normatividad	69
CAPÍTULO 3: ARTEFACTOS DE IMAGINAR	77
1. El poder de las imágenes	77

2. La reificación de las imágenes	83
3. Técnicas para ver imágenes	90
4. La cultura visual más allá del trampantojo	95
5. La génesis del significado visual	104
6. Del significado primario a la expresión	108
7. El ciborg, entre la imagen y la realidad	112
 CAPÍTULO 4: LA INVENCIÓN DEL SUBJUNTIVO	119
1. Entre el poder y la imaginación	120
2. Narración y paradoja	125
3. Los subjuntivos y la presencia del medio representacional	141
4. La identidad simulada	146
 CAPÍTULO 5: NO PODER (LLEGAR A) SER: LA AGENCIA EN TIEMPOS Y LUGARES DE OSCURIDAD	161
1. Identidades narrativas y mala fortuna agente	161
2. Tres itinerarios en la fortuna agente	166
Lugares de tinieblas	166
Existencias extrañadas	175
Raros momentos que convierten en sujetos	190
3. Itinerarios sin fortuna	199
 CAPÍTULO 6: MÁS CARAS DEL PODER	205
1. Agencia, poder y obediencia	205
2. Agencia e identidad	222
 CAPÍTULO 7: PATOLOGÍAS DE LA IMAGINACIÓN Y DEL PODER	235
1. Juicio e imaginación	235
2. La imaginación y la perspectiva agente	244

3. Imaginación, imaginario y agencia	248
4. Imaginación sobre el poder: el pensamiento utópico	251
5. El regreso del sujeto	256
6. La terapia de la imaginación	261
 EPÍLOGO: ESPACIOS DE POSIBILIDAD	 269
1. La pregunta por la agencia	269
2. Posdata para ciborgs melancólicos	276
 <i>Referencias bibliográficas</i>	 279

*Una vez el paisaje y los dulces vecinos
cultivaron un cerco de boj para el filósofo
y su interlocutor. Cuando salieron
por la espiral del pensamiento,
hambrientos encontraron la mesa puesta:
hubo en ellos aún palabras de alabanza a las fresas.*

*ANÍBAL NÚÑEZ
Alzado de la ruina*

Agradecimientos

Este libro se fue formando en las muchas discusiones de sala y café con Carlos Thiebaut: si acaso alcanza a ver algo en la distancia, es subido a sus hombros intelectuales. La audiencia entusiasta del Ateneo de Cáceres en sus conferencias anuales y sus incansables organizadores, Esteban Cortijo y Raquel Rodríguez, me dieron ocasión y estímulo para redactar varios capítulos. José Gómez Isla y Carmen Velayos, de la Universidad de Salamanca, me invitaron a dejar libre mi pensamiento en otros dos capítulos. La cercanía humana e intelectual con José Corbí, Antonio Gómez Ramos, Diego Lawler, Javier Moscoso, Javier Ordóñez, Fernando Rodríguez de la Flor y Jesús Vega está presente por todo el libro más de lo que reconocen y deberían haberlo hecho las citas. Algunas preguntas y muchos silencios de Fernando Broncano Berrocal están también por ahí escondidos en el texto. La lista completa y necesaria de todos los agradecimientos agotaría la paciencia del lector, aunque mostraría cuán dependiente es mi pensamiento de la palabra de tantos.

Capítulo 1

Ciborgs entre otros seres de la frontera

Lo que contaré ya ha sido contado por autoras y autores como Donna Haraway, María Lugones, Rosi Braidotti o Andy Clark,¹ por citar algunos cercanos, contemporáneos, pero mucho antes ya fue ilustrado por la novela barroca española. Todo se reduce a la idea de que somos seres que habitan en el viaje a un mundo subjetivo que llamo mundo de la frontera, un lugar imaginario de refugio que acoge formas variadas de resistencia. La figura que mejor los representa es la de los ciborgs, seres que no saben lo que son, seres a los que no les dejan saber lo que son porque son interpretados por categorías dominantes, hechas de dicotomías que tienen en sí la semilla de la dominación y la exclusión. Lo que contaré es una meditación metafísica, uno es filósofo a pesar de uno, pero es también y sobre todo una invitación a mudarse a vivir a ese mundo del limen, de la frontera

1. Haraway, D., *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Tecnos, 1995; Braidotti, R., *Sujetos nómades*, Buenos Aires, Paidós, 2000; Braidotti, R., *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad*, Buenos Aires, Gedisa, 2004; Lugones, M., *Pilgrimages/Peregrinajes. Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminism*, Lanham MD, Rowman & Littlefield, 2003; Clark, A., *Natural-Born Cyborgs: Mind, Technologies and the Future of Human*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

y el exilio, un espacio en el que las subjetividades se reconocen con la mirada seca, rápida y comprensiva que sólo los iguales se dirigen entre sí en la encrucijada del laberinto.

1. Todos somos Galatea

Convento de la Veracruz de los franciscanos de Ayamonte (Huelva): la iglesia, del siglo xvi, está construida con materiales pobres. El techo de artesonado disimula la modesta cubierta de madera sobre una única nave a la que se abren dos pequeñas capillas dedicadas a sendos cristos. En la capilla de la izquierda, una talla de León Ortega, imaginero de Ayamonte, viejo anarquista condenado a muerte que curvó su carrera de escultor hacia la imaginería religiosa. La talla es llamada *el Cristo de las Aguas*. Sólo alguien con esa distancia compasiva que permite el anarquismo sobre la cultura barroca andaluza pudo captar la esencia de una fe idólatra que se hizo contra la iconoclasia del mundo musulmán. El cristo ha sido modelado representando el instante postrero a la expiración, cuando todos los músculos se han aflojado y el cuerpo se mueve en un desprendimiento espontáneo que paradójicamente se resuelve en una suerte de abrazo interrumpido por los clavos. La imagen está casi viva en la muerte, en ese movimiento involuntario que rompe absolutamente todo hieratismo. El escultor ha querido darle vida en la muerte. Una oscura versión de Pígmalión y Galatea que da vida a una imagen muerta de un muerto.

Uno más entre los ilimitados esfuerzos de los creadores de imágenes por que dejen de serlo y cobren vida, como si su existencia de imágenes perfectas pidiera con urgencia el trascender su estado de representación para convertirse en realidad viva. Hay una oculta simetría entre el impulso creador de León Ortega, que se esfuerza en dar vida al tronco de cedro, y la experiencia

de la mujer piadosa que ha pasado tantas horas ante la imagen y que ocasionalmente deja caer una lágrima de compasión por la Semana de Pasión. En lo que llamamos la experiencia estética o en lo que llamamos experiencia religiosa hay una reconciliación con una forma de ser que está entre la vida y la muerte, entre la representación y la realidad, entre el cielo y la tierra, entre lo divino y lo humano. Esa frontera es realmente el lugar de la experiencia humana. Una experiencia de lo otro que adquiere densidad y peso cuando uno se encuentra ante un ser que no acaba de estar categorizado en una de las clases familiares que, por ser familiares, no despiertan esa forma especial de contacto con el mundo que llamamos experiencia. Nace esa experiencia de una oculta fuerza por repetirse, por crear seres que sean desde lo que aún no es. ¿Qué otra conexión nos llevaría desde la imaginiería barroca al niño-robot de *IA* de Spielberg? Ambos seres tienen esa extraña hibridación de lo orgánico y lo artesano. Es ese niño un remedo del hijo muerto como el cristo de madera es un remedo del dios que se adora. ¿Qué es ese ser robot?, ¿es un ser artificial? Tiene, ciertamente, inteligencia artificial; conformación corpórea también artificial; es, de hecho, un ser artificial, pero es también una Galatea amada por la madre; un remedo del hijo muerto que pese a ello ha sido elevado a la categoría de hijo por el amor de la madre y que al cabo de un tiempo, como recordamos, deja de ser amado porque es sustituido en el cariño de la madre por un niño «verdadero». Como Galatea, llega a la vida por amor, aunque el mito no cuente qué habría ocurrido con ella si Pigmalión hubiera dejado de amarla. Es de suponer que, como el niño-robot, hubiese emprendido un viaje al país de los seres abandonados. Lo que les propongo es que piensen por un momento en esta figura de Galatea abandonada y seguramente tendrán una figura inquietante de la condición humana. Al ser abandonada, Galatea vuelve a un estado extraño que no es ya el de estatua ni es el de ser amado que se mantiene

viva por la mirada amorosa del diseñador. Galatea existe en un ámbito que ya no es lo natural ni lo artificial: lo artificioso de su estructura ha sido desvelado por el abandono, pero su naturaleza no se explicaría sin la emoción por la obra de Pigmalión. Lo que les propongo es que consideren que todos somos Galatea abandonada, producto de la indeterminación del origen y la indeterminación de la existencia.

Una larga tradición nacida en el territorio de la antropología filosófica, que se remonta al mito de Prometeo y Epimeteo contado por Platón en el *Protágoras*, sostiene la idea de que el hombre es, a diferencia de otros animales, un ser inadaptado, que llega al mundo con sus funciones indeterminadas y que la técnica viene a suplir y cubrir sus necesidades. Es lo que narra el mito de Prometeo, un dios menor que resuelve el problema creado por su hermano Epimeteo, a quien Zeus le encargó el trabajo de dotar a los animales de dones y propiedades. Epimeteo realizó su trabajo con un sentido del equilibrio y el juego limpio excelentes, pues dotó a los animales de cualidades complementarias: al lento, le dotó de medios de defensa; a la presa, de velocidad para escapar, etcétera. Pero olvidó al hombre, que quedó desposeído de facultades específicas y, como sabemos, fue Prometeo quien resolvió el problema robando el saber técnico a los dioses, junto con el fuego que permitía desarrollar las técnicas.

Arnold Gehlen y Ortega pertenecen a esta tradición² que resume la historia humana en una historia de esencias incompletas. En ella se contrasta la buena adaptación de los animales frente a la neotenia, la desprotección y la aparente poca especialización de los humanos que tendrían que haberse llenado

2. Una tradición que ha sido reconstruida pormenorizadamente por Parente, Diego, «La concepción protésica de la técnica: aporías y alternativas», en Parente, D. (ed.), *Encrucijadas de la técnica: Ensayos sobre tecnología, sociedad y valores*, La Plata: EDULP-Universidad Nacional de La Plata, 2007.

de objetos técnicos para cubrir sus carencias. Por más que sea una idea digna de meditar, yo quisiera negar esta tradición y olvidar a Platón y a Ortega. Hay muchas razones para pensar que esta concepción está demasiado influida por una noción esencialista de las funciones biológicas, según la cual la finalidad aparente de los órganos ha sido la razón exclusiva de su presencia. En ella, las tortugas están dotadas de una concha para protegerse; los equinos, de pezuñas para correr, etcétera. El paleontólogo Jay G. Gould dedicó su larga y provechosa producción divulgativa a criticar el esencialismo adaptacionista³ como una mala lectura de la teoría de la evolución, mucho más compleja, mucho más sofisticada que la idea de la fuerza evolutiva de una función para cada órgano. Después de Darwin deberíamos revisar a Platón: la teoría de la evolución es una teoría de probabilidades y de sucesos singulares que son amplificadas por condiciones contingentes que, ciertamente, necesitan una permanencia para convertirse en adaptaciones, pero no siempre es la función aparente la que motiva la evolución del rasgo en la población. Los humanos no están inacabados, al contrario, sus técnicas, sus prótesis, los contextos de artefactos en los que evolucionaron sus ancestros homínidos les constituyeron como especie: no necesitan la técnica para completarse, son un producto de la técnica. Son, fueron, somos lo que llamaré seres ciborgs, seres

3. Gould, J.J., *El pulgar del panda. Ensayos sobre evolución*, Barcelona, Blume, 1993. Gould se ha convertido en el crítico más corrosivo de los posibles usos de la teoría de la evolución en contextos neoliberales. Como tal, ha sido protagonista de las «guerras de la ciencia» frente a su persistente adversario Richard Dawkins. Es una guerra que puede ya calificarse de nueva guerra de los treinta años, en la que también la libertad de pensamiento y la tolerancia están en cuestión. Queda fuera de los propósitos de este ensayo hacer una valoración de esta disputa particular, pero quizá, habiendo ya desaparecido Gould, y habiendo cambiado notablemente el contexto, sea ya el momento de repasar históricamente esta inútil crueldad reciente de nuestro pasado intelectual.

hechos de materiales orgánicos y productos técnicos como el barro, la escritura, el fuego.

2. La molestia de las prótesis

Pero sí, la tradición tiene razón en una cosa. Los humanos somos seres hechos por prótesis. Toda prótesis molesta. Es la molestia de lo nuevo, la invasión de los hábitos y los patrones que se han convertido en otra manera de ser. Nuestro cerebro crea los patrones esenciales de acción que corresponden a las acciones que nuestros órganos motores están capacitados para realizar. Cualquier variación, constricción, simple modificación, produce molestias que se traducen en un malestar que persistirá hasta que la prótesis se reabsorba como un elemento más del cuerpo y de su sistema de hábitos: los zapatos nuevos producen extrañamiento de nuestro ser, que ha dejado de ser él mismo en alguna de sus zonas, que ahora se viven como zonas erróneas, y obligan a una reacomodación al objeto invasor. Cuando se produce tal reacomodación, la cotidianidad se restaura, el bienestar se vive ahora en una situación novedosa, en un nuevo lugar del espacio de posibilidades que se ha transformado como resultado de la invasión de la prótesis.

Las prótesis que conforman el cuerpo ciborg no solamente restauran funciones orgánicas dañadas, como ocurre con las gafas, los audífonos, las extremidades ortopédicas, los marcapasos y las rótulas artificiales: son también a veces creadoras de funciones vitales. Así el vestido, el cazado, la vivienda, la cocina, los animales domésticos, los vegetales cultivados, el universo entero de herramientas e instrumentos con los que nos rodeamos, los lenguajes escritos, las instituciones sociales, los códigos y las normas, las religiones y los rituales, el arte. Son artefactos que inducen transformaciones en el espacio de posibilidades,

que comienzan como intrusión de una prótesis pero que más tarde transforman las trayectorias de acciones y planes futuros de esos seres.⁴ Las prótesis desclasas, desclasifican, transforman: nos convierten en galateas que habitan nuevos espacios, en seres desarraigados y exiliados a nuevas fronteras del ser.

En los paisajes artificiales hay diversos tipos de prótesis.⁵ Como hemos dicho, la prótesis supletoria no es la única ni la más interesante; además están las prótesis ampliativas, prótesis que no sustituyen funciones dañadas, sino que crean otras nuevas. Por otra parte, hay prótesis materiales y prótesis culturales: están estas últimas constituidas por sistemas de signos y símbolos que transforman el modo de pensar de los humanos. Las lenguas fueron las primeras y más importantes prótesis culturales, la escritura y otros sistemas lingüísticos alternativos como la matemática y la música transformaron más tarde pero no menos profundamente las mentes y los cuerpos de los humanos, produciendo nuevos accesos a la realidad, que por ello mismo se transformó en una realidad distinta. Las imágenes en pinturas, fotografías, en el cine y la televisión, en los medios digitales, son prótesis que están ahora transformando nuestra manera de ser y no simplemente nuestra manera de estar. Las prótesis ampliativas culturales son

4. Rudyard Kipling imaginó en su *Kim* (1901) el proceso de transformación de un niño de las calles de Calcuta en un agente del imperio británico destinado a participar en el Gran Juego del poder entre los imperios británico y ruso. Su cuerpo, su percepción, fueron entrenados sistemáticamente: asistió a clases en un colegio para hijos de la clase alta india, viajó como pordiosero por las grandes rutas, sirvió como ayudante de un tratante de caballos, como sirviente de un lama, como curandero, se rodeó de objetos que transformaron su cuerpo y su vida. Al cabo de pocos años era un nuevo ser ya incapaz de volver a su existencia antigua. *Kim* es la versión imperialista del *Pigmalion* de Bernard Shaw (1912), que transformó a una vendedora de flores en una aristócrata.

5. Cabe notar aquí la diferencia entre una prótesis y una herramienta: mientras que la prótesis se incorpora estrictamente, se hace cuerpo, la herramienta es un objeto de uso ocasional.

las que han producido las transformaciones más radicales de la historia del *homo sapiens*. Ellas han ocupado el conjunto del planeta creando nuevos flujos de energía y de información. Las prótesis ampliativas cambian la apariencia al compás de los cambios en la realidad a la que apunta la apariencia: la identidad cambia cuando se asimila la nueva forma y lo que parecía monstruoso comienza a formar parte del paisaje urbano. Quizá lo que llamamos ahora discapacitados lleguen a ser aceptados como seres con funcionalidad diferente, que con prótesis adecuadas se integran en todos los contextos sociales.⁶ En resumen,

6. Otras prótesis son orgánicas como, por ejemplo, los cambios en el sistema inmunológico producidos por las vacunaciones universales, una conquista de los años sesenta, que ha erradicado algunas epidemias (y quizá producido otras). Quizá nos esperen otras, algo que hasta ahora solamente pertenece a la ciencia ficción, aunque éste sea uno de los orígenes de miedos y preocupaciones más serias. Me refiero, por poner un caso, a las transformaciones posibles de la apariencia física. La apariencia está encadenada a nuestra identidad. La atracción o la repulsión que sentimos por otros han sido configuradas evolutivamente por cambios adaptativos en el cerebro que han coevolucionado con cambios físicos: las características sexuales, cierto dimorfismo entre varones y hembras, etcétera, son rasgos que Darwin explicó como resultado de lo que llamó la selección sexual. Otras variaciones en la apariencia física son producto de prótesis: en todas las culturas los hombres y las mujeres han transformado su apariencia para producir formas simbólicas de identidad. La reciente vuelta del tatuaje pertenece a esta clase de transformaciones, lo mismo que el suculento negocio de las intervenciones quirúrgicas con fines de moda y belleza. No sabemos si la propia moda alcanzará a la apariencia física más allá de pequeños cambios en la longitud o la forma del cabello. El caso es que los propósitos estéticos siempre han sido uno de los orígenes de las transformaciones en la apariencia. Como todos los artefactos, las prótesis son parte de las relaciones y los planes políticos de las diferentes sociedades. Quizá muchas políticas tecnológicas formen parte de políticas de eugenesia que, como sabemos por las terribles consecuencias que han tenido en el pasado, no son políticas para transformar un grupo hacia algo mejor, como engañosamente reza el nombre, sino la preservación de una identidad imaginaria contra lo que se consideran razas inferiores. Tampoco sabemos cuántas transformaciones producirán las biotecnologías de creación de tejidos